



**INSPECTORIA NTRA. SRA. DEL ROSARIO
(Argentina)**

Corrientes, 20 de marzo de 1970.

Estimados hermanos:

En forma casi imprevista a raíz de una trombosis intestinal y a una parálisis renal, dejó de existir en el Sanatorio "El Litoral" de esta ciudad el

P. EUGENIO DÍZ

el 2 de marzo a las 3 y 15 a.m.

Se puso de manifiesto durante su corta enfermedad y su deceso el aprecio que se supo granjear durante su larga permanencia en este Colegio Salesiano. Admiraba y emocionaba la diligencia y cariño con que todos los Médicos, en su inmensa mayoría exalumnos suyos, lo cuidaron en su corta enfermedad y en la brillante operación en que le extirparon una considerable porción del intestino, necrosado por la trombosis. Desde esta sencilla carta mortuoria entendemos agradecer a los numerosos amigos que se hicieron presentes y en forma especial a los Médicos y a la antigua C. D. de Madres y Cooperadoras Salesianas que le prodigaron delicadezas maternales.

La Misa concelebrada de catorce Sacerdotes de este Colegio, del Pío XI de Resistencia, un Jesuita y un Capuchino, con asistencia de gran cantidad de exalumnos y amigos, el acompañamiento hasta el cementerio, las incontables coronas y palmas, los discursos en el cementerio, fueron la expresión lógica del afecto que conquistó en Corrientes en su larga y fructuosa permanencia... Dejó en Corrientes lo mejor de su vida sacerdotal... Se ofrendó entera y entusiasticamente y Corrientes se conmovió con su muerte. Descansan sus restos mortales en el Panteón de los PP. Franciscanos gentilmente ofrecido.

Trabajó en varios colegios durante el Trienio y en los primeros años de su sacerdocio: Bernal, Pío X, San Carlos, La Plata, La Trinidad, La Ensenada. Pasó luego al que sería su campo de acción por más de treinta años como Consejero, Prefecto, Director, Confesor y Asesor Zonal de Exalumnos.

Con su acción tesonera y sacrificada consolidó en Corrientes la obra de los primeros salesianos, verdaderos pioneros de la Iglesia. Adornado de admirables dotes naturales: inteligencia brillante, memoria prodigiosa, facilidad destacada para la oratoria, el canto, la caligrafía, sumadas a virtudes morales de una obediencia hasta el sacrificio, de una pobreza austera, delicadeza profunda, piedad manifiesta y espontánea, puntualidad ejemplar, responsabilidad llevada hasta sus últimas consecuencias... y todo esto volcado en el crisol de un alma de apóstol hizo de él un ejemplar de actividad salesiana.

Fue un gran MAESTRO, conciente, delicado y sacrificado. En su larga carrera de CONSEJERO dejó la impronta de disciplina y estudio, destacándose sus exalumnos en los Colegios Secundarios, Academias y Liceos. Fue ORADOR

fácil y fogoso, recorriendo Púlpitos y tribunas en la ciudad y en toda la Provincia. Se conservan numerosos cuadernos y apuntes de todos sus discursos y predicaciones, porque los escribía todos enteramente, con admirable prolifidad y el consiguiente sacrificio.

Cayó como un quebracho, fuerte, robusto y frondoso, cargado de frutos. Su entrega fue fácil y consciente. Cuando le sugerí darle la Unción de los enfermos, me contestó con su ademán característico, moviendo los dedos juntos de su mano: "Y qué esperas para dármela. Me la prometiste en el Colegio y no me la diste... Dámela ahora". Siguió todas las ceremonias, intentó hacer la señal de la Cruz con la mano derecha que tenía canalizada para el suero e inyecciones; la completó con la izquierda y al final besó emocionado mi mano que entrelazó con la suya por largo rato.

En la oración fúnebre se dijo que "su vida fue una Misa". La rezó en el Altar de la Mesa Eucarística con mucha dignidad, con marcada nitidez, adaptándose fácil y entusiastamente a los numerosos cambios habidos, cambios que estudió a fondo, así como también a todas las disposiciones y normas del Concilio y de la Congregación en esta hora de aggiornamento; la rezó en el confesionario donde pasaba incontables horas... si hasta en el insomnio de la anteúltima noche de su vida seguía absolviendo a derecha e izquierda, después de hacer ademán con la mano y oído de que escuchaba al penitente; la rezó frente al aula dando lo mejor de sí y en la mejor forma, tras una concienzuda preparación; la rezó al frente de todos los grados, de los Gimnastas, en los Paseos-premios, en las célebres Notas de Conducta que utilizó como medio para la formación viril. Y como en toda Misa fue él el oferente y la víctima... Solamente así se explica cómo lo recordaban sus alumnos, que ya maduros de edad al volver al colegio preguntaban por el "PADRE CONSEJERO" y al presentarle el actual decían: "No. El Padre Consejero, el Gordo". Para ellos no podía haber otro consejero que el Padre Diz. Fue en el Colegio el CONSEJERO por antonomasia. Y los quería y recordaba a todos. Eran característicos y ruidosos los encuentros con sus exalumnos. Abrazos cariñosos y prolongados, carcajadas estridentes y francas eran el corolario natural de estos repetidos encuentros con sus exalumnos a quienes recordaba con su nombre, apellido, apodos y características. Vivió para ellos y se inmoló por ellos, como Cristo.

Realmente se podría escribir un anecdotario voluminoso, al estilo de las Florecillas de San Francisco, y sus extrienistas, como por ejemplo el Director de "Didascalia", podrían escribir mucho sobre esta época de oro del "Salesiano" de Ctes.

No resta sino, usando la consabida frase terminal de estas cartas, pedir que el Señor de la misericordia nos envíe sustitutos de la estampa del Padre Diz y que aprendamos de él esa maravillosa lección de entrega total, sin retaceos, a Dios en nuestros hermanos.

Una oración por su hermosa alma y por la eficiencia de este Colegio en su ambiente y también por el que trazó cariñosamente esta breve e imperfecta síntesis.

Luciano V. Cobo, Director